

“TRADICIONES ARGENTINAS”, de *Pastor S. Obligado*. Librería Hachette S. A. Buenos Aires

Pastor Obligado ha sido un escritor argentino que, por razones diversas, hubo de sentir la fascinación de tiempos pretéritos. Con indudable gracia supo revivir los grandes hechos y las mínimas anécdotas. Publicó su primer volumen de evocaciones el año 1888. Aunque las titulara *Tradiciones de Buenos*, sus visiones un tanto nostálgicas abarcaban aspectos pretéritos de toda la Argentina, e incluso de otras naciones vecinas. Y ello debía de ser así, porque la historia de un pueblo se teje con aportaciones extrañas. Sus frondas se entrelazan de manera más o menos visible y recia.

Hoy día estas obras de Pastor Obligado constituyen una especie de riqueza emotiva de ciertos espíritus dados a tender la vista hacia las realidades y consejas del pasado. Por esta razón, para darle una mayor difusión, han vuelto a editarse algunas de estas páginas, pensadas con un instinto que alguien podría llamar patriótico. Se publican con un prólogo, mejor dicho, con un estudio exhaustivo de Antonio Pagés Larraya. He aquí un trabajo de presentación, ceñido a las puras disciplinas estéticas, que sigue la norma trazada por la moderna exégesis literaria, sin concesiones al sentimentalismo, situando los valores en su lugar adecuado. Quiere esto decir que la lectura de las páginas seleccionadas de Pastor Obligado cobran su cabal sentido al socaire de los hilos conductores del prologuista. Pocas veces una obra ha necesitado tanto de unos puntos y de unos criterios de valoración.

Veamos algunas de las acotaciones que nos brinda el acucioso espíritu de Antonio Pagés Larraya:

“Si estas *Tradiciones* se juzgan con un criterio estricto carecen de grandes valores literarios. El propio Obligado reconoció siempre el modesto alcance artístico de sus escritos”.

Es decir, sabemos que no estamos frente a un estilista. Sin embargo, nos seducen la pulcritud de los detalles, el cariñoso escrúpulo

con que muestra el acontecimiento peregrino, los matices que resucitan mágicamente las pretéritas realidades nacionales argentinas.

Con razón se ha dicho que Pastor Obligado fue un exhumador de antiguallas. Cultor tranquilo del pasado argentino, este escritor enseñó al pueblo, mediante el sortilegio de problemáticas anécdotas, más historia válida que los más conspicuos historiadores.

Durante muchos años fue un infatigable asiduo de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Revolvió colecciones de legajos vetustos, en busca del dato exacto y de la reminiscencia pintoresca.

En algunas ocasiones, para justificar su afán de historiador marginal, ha dicho, en forma rimada:

*Husmeo, busco, escudriño
por los rincones y esquinas
las leyendas peregrinas
que oí contar cuando niño.*

Sus *Tradiciones Argentinas* sirvieron, más que el libro de historia, para mantener vivo el culto del pasado y para aglutinar espiritualmente a los nuevos ciudadanos, en momentos en que “el auge materialista y la inmigración caudalosa borraban matices vernáculos y desoían inquietudes otrora reverenciadas”.

Antonio Pagés, con indudable acierto didascálico, hace notar que Obligado, “aunque evoca en sus tradiciones grandes momentos de la historia, prefiere sin duda los episodios menos trascendentes, los sucesos menudos, las remembranzas pintorescas”.

Por excepción aquel escritor argentino quiso ahondar en sutiles vericuetos psicológicos. Pero sabía dar encanto a sus personajes y viviente color a esas reliquias del tiempo viejo que cazaba de los arcones arrumbados.

Así lo dijo él mismo al publicar la primera serie de sus recuerdos: “Desde que nos invadió la manía de desempolvar vejezes, con preferencia exhumamos modestas figuras que, no por serlo, han mo-

delado menos hábilmente los bajorrelieves en la columna de la historia patria”.

Sin duda, como subraya el inteligente prologuista, esos héroes menores, apenas aludidos por la historia grande, “cobran en las evocaciones de Obligado humanidad y significación enteras. Su verdad o su leyenda podrá alguna vez forjarse partiendo de las encariñadas siluetas cuya presencia asume en esas páginas el carácter de un símbolo”.

Diríase que el creador de esas *Tradiciones* quiso resucitar, de entre las filas del pueblo, a los que no llegaron al panteón de la historia. Y he ahí que por obra y gracia de los tiempos y de la afinación del gusto estético y humanista, el sueño de Obligado se ha cumplido con largueza.

Como en su tiempo dijera Ricardo Palma, el escritor argentino, ganado por el demonio de la tradición, llevó a efecto una obra de permanentes proyecciones.

Antonio Pagés Larraya termina su trabajo de presentación con unas palabras dignas de ser llevadas a diversas latitudes, para enseñanza de algunos espíritus vacilantes: “Las voces lejanas que aquí se escuchan, los cuadros antiguos que aquí cobran vida, acaso contribuyan a ahondar en los lectores jóvenes la noción viviente del pasado, a darles la temperatura y el temblor de otras épocas, esa imantación del ayer sin la cual no es posible la cabal intelección de la patria”.

Bello estudio preliminar, concebido de manera inteligente, escrito en un estilo llano, de gran pureza.

Señalar el interés particular de cada una de las tradiciones que figuran en este volumen es tarea ardua. Cada una de ellas exhibe un matiz diferente. Las hay puramente narrativas, otras abordan los dominios esencialmente novelescos. Con frecuencia, la nota sentimental ahoga y difumina las pretéritas realidades del vivir nacional argentino.

Entre sus títulos figuran, por ejemplo: “La campana de la libertad”, “La botica más antigua”, “La carretita de doña María”...

En la tradición titulada "¡Qué escapada!", se conjugan las tendencias evocadoras de una realidad y la construcción novelesca. Se habla de un reo en capilla, que consigue salvarse gracias a su energía y astucia. Hay una dramática persecución por el río, una lancha salvadora. Pero he aquí que Obligado busca los contrastes. Y su historia termina con el triste fin del pobre tamborcito de Pavón, que no pudo salvarse de la muerte violenta. El destino fue implacable en los albores de su vida. El único de los tres sentenciados de esta tradición que, sin estar en capilla, no conoció la urgente gracia de la salvación.

La obra editada por Hachette nos presenta el destino de un escritor que sintiera la fascinadora atracción estética de las épocas remotas.—V. M.



"POEMA DEL VERANO", de *Juan de Luigi*. Santiago de Chile

Inadvertido de las crónicas literarias vio, no ha mucho, la luz el hermoso *Poema del Verano* del crítico, polemista y hurgador incansable del humanismo, Juan de Luigi. Pocas veces se tiene la oportunidad de conocer un mensaje de verdad y poesía que obedezca a los impulsos más acendrados del espíritu y la sangre. Y pocas veces, también, hemos tenido el verbo más pleno de angustiado añorar, pero intenso de madurez. Juan de Luigi atestigua con esta obra no ser sólo el insatisfecho hurgador del tiempo ido, sino que también nos confirma su latinidad sagrada, el regusto en la memoria de las frutas en sazón. Pues su poesía nace de una inmersión en el paisaje cálido de su tierra amada, en el secreto impulso de volver a los orígenes de su sangre. Sin embargo, la imposibilidad de huir del presente, de volver a la virginidad, a la pureza de la juventud, constituye uno de los temas esenciales de este poema candente e inesperado. En el comienzo la pregunta clave de su cantar: